

2. EL HOMBRE INTERIOR Y EL HOMBRE EXTERIOR

Las dos puertas

Dice el Salmo 1:2: “*Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche*”. Aquí la Palabra de Dios se refiere a la bienaventuranza de un verdadero creyente vencedor. El santo que llegue a deleitarse en la voluntad de Dios es porque en su vida ha ocurrido algo fuera de lo común; esa persona ya dejó de ser del montón de creyentes. Aun muchos de los que hacen milagros, profetizan y echan demonios en el nombre del Señor Jesús, no hacen la voluntad de Dios (Mateo 7:21,22).¹

Para que en nuestra vida lleguemos a deleitarnos con la voluntad de Dios y dejar de lado la nuestra y tener en poco nuestros propios principios, es necesario atravesar dos puertas: la primera puerta es la regeneración del espíritu, es decir, cuando somos salvos por Jesucristo; la segunda puerta es la renovación del alma, es la puerta de la cruz, es el tratamiento de nuestro yo, es el camino del Calvario con Cristo. La primera puerta permite la entrada de los perdidos a la salvación; la segunda puerta es para llevar a los salvados a la victoria. La primera puerta te da acceso a un regalo de Dios; Dios te salva en Cristo y te cambia de posición, te saca del mundo y te introduce en Su reino; la segunda puerta es para que recibas un galardón por tus hechos y vida en Cristo. El galardón es la posición que ocuparás en el reino de los cielos, si eres un vencedor. En la primera puerta, recibes a Cristo como tu Salvador; en la segunda, lo debes recibir como tu Señor, para someterte a Él, para obedecerle en todo, como siervo que eres de Él, poniéndote irrestrictamente bajo Su gobierno;

¹ ²¹ *No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.* ²² *Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?*” (Mateo 7:21,22).

La Vida del Hombre Interior

pero para ello debes escoger entre ser o un buen siervo o un mal siervo. La primera puerta te introduce al atrio del tabernáculo, donde tu confianza y fe en la obra de Cristo en la cruz y la gloriosa resurrección del Señor te hacen apto para tener comunión con Dios; pero no debes quedarte en atrio, debes seguir al lugar santo; una vez que tu pecado haya sido juzgado, debes entrar a tener parte de la comunión de la iglesia. La segunda puerta te pasa por velo donde podrás participar de los panes de la proposición con todos los santos, y hacer parte del candelero.

Hoy se está predicando a Cristo como Salvador, pero no se está predicando como Señor de nuestras vidas. Jesucristo es el Señor. Son dos puertas de acceso, la primera al reino de Dios, y la segunda al reino de los cielos. ¿Existe alguna diferencia entre el reino de Dios y el reino de los cielos? Por supuesto que la hay. Algunas escuelas teológicas aseveran que no hay diferencia entre el reino de Dios y el reino de los cielos; que son la misma cosa; pero si analizamos con detenimiento las Escrituras, encontramos que no son exactamente lo mismo. El uno está dentro del otro. El reino de los cielos hace parte del reino de Dios, pero no es exactamente lo mismo. Según el contexto de la conversación del Señor Jesús con Nicodemo en Juan 3, todo creyente renacido puede ver y entrar en el reino de Dios; pero según el sermón del monte de Mateo 5, 6 y 7, no todos los creyentes podrán participar del reino de los cielos. Analicemos.

El Reino de Dios

La primera puerta, la de acceso al reino de Dios, es Jesucristo. El mundo no conoce a Jesucristo, luego no conoce a Dios ni a Su reino. El mundo no sabe que Dios reina sobre Su creación desde la eternidad y hasta la eternidad. Dice la Escritura: “*A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*” (Juan 1:18).

Para conocer a Dios hay que conocer primero a Jesucristo; y

*El hombre interior
y el hombre exterior*

nadie puede conocer al Hijo sino por la revelación del Padre.² Sigue diciendo la Escritura: *“Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”* (Mateo 11:27). Entonces, ¿una persona que no conozca ni tenga al Hijo, podrá conocer al Padre? No, no lo puede conocer. Muchos manifiestan creer en Dios, pero eso no basta. Jesucristo vino al mundo para revelar a Dios. El mismo Señor Jesús dice: *“Creéis en Dios, creed también en mí... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”* (Juan 14:1_b,9_b).

También la Escritura nos revela que nadie puede conocer a Jesucristo sino por la revelación de Dios, de ninguna manera por conocimiento humano. Cuando el apóstol Pedro le dijo al Señor Jesús: *“¿Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. ¿Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”* (Mt. 16:16-17). También el apóstol Pablo declara que a él le fue revelado el Hijo por Dios Padre. Pablo era un hombre muy celoso de su religión, el judaísmo, y de las tradiciones recibidas de sus padres, como muchos de nosotros solíamos ser; pero un día le ocurrió algo extraordinario, que en Gálatas 1:15-16 narra así: *“¹⁵Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, ¹⁶revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicara entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre”*.

Simultáneamente que el Padre nos revela al Hijo, el Espíritu Santo también entra a efectuar Su trabajo: nos trae al Señor, convenciéndonos de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8). *“De pecado, por cuanto no creen en mí”* (v.9). El gran pecado es no aceptar a Jesús y Su mensaje. Una vez que el Señor Jesús nos es revelado como el Cristo, el Ungido e Hijo de Dios y Salvador nuestro, y convencidos ya de que sin Él estamos irremediabilmente perdidos, el siguiente paso es recibirle. Allí actúa mi voluntad para que yo lo reciba.

²Cfr. Mateo 16:17

*La Vida del
Hombre Interior*

Cuando una persona recibe en su casa a otra, es porque cree en esa persona; y en Cristo, al recibirlo a Él como nuestro Salvador, recibimos una potestad de Dios: somos hechos hijos de Dios (Juan 1:12).³ ¿Qué cosa es que una persona llegue a ser un hijo de Dios? Significa que esa persona, el día que recibe a Cristo empieza a poseer la vida y la naturaleza de Dios (2 Pedro 1:4),⁴ y ambas, tanto la vida como la naturaleza de Dios, son eternas; de modo que cuando recibimos la vida y la naturaleza de Dios, eso significa que eternamente somos de la familia de Dios. Pero ser hijo de Dios no depende de mis conocimientos bíblicos ni religiosos, o de que mis padres pertenezcan a una religión cristiana, o de que me hayan llevado a bautizar cuando era aún un bebé; no. No es por voluntad humana. Eso no dependió ni siquiera de mi misma voluntad. La Biblia dice que los hijos de Dios *“no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”* (Juan 1:13).

Cuando nacimos de nuestros padres terrenales, nacimos con una vida física (psíquica en el alma y biológica en el cuerpo) para vivir en un mundo físico; hacíamos parte del hombre caído, el viejo Adán, de quien heredamos toda la naturaleza caída. Pero cuando creímos en Cristo, eso se tradujo en que experimentamos un nuevo nacimiento, un renacimiento; nacimos a la familia de Dios; recibimos vida de Dios en el espíritu; es un nacimiento sobrenatural, que la Escritura le llama regeneración (Tito 3:5).⁵ Nacemos de arriba, de los cielos, de Dios,

³*“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”* (Juan 1:12).

⁴*“Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”* (2 Pedro 1:4).

⁵*“Nos salvó, no por obra de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”* (Tito 3:5).

*El hombre interior
y el hombre exterior*

por la muerte sacrificial de Cristo (1 Pedro 1:17-23).⁶ Dice el verso 23: “*Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre*”.

Nicodemo era un maestro de Israel y miembro del Sanedrín o consejo supremo de los judíos. A lo mejor era un buen maestro en la carne, por sus conocimientos intelectuales y sus costumbres religiosas, y vino al Señor Jesús, considerándolo que había venido de parte de Dios como maestro. No había más luz en Nicodemo respecto del Señor Jesús. Para muchos el Señor Jesús no es más que un mero maestro. De conformidad con el contexto, podríamos considerar que Nicodemo necesitaba enriquecerse en sus conocimientos a través de enseñanzas más profundas; tal vez podría necesitar de mejores conocimientos para ser un hombre moralmente mejor, o con fines didascálicos; pero el conocimiento humano no conduce a la vida de Dios. Recordemos que el haber comido del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal no le acarreo sino males al hombre.

Se necesita, no el mero conocimiento, sino la vida divina dentro de nosotros (Génesis 2:9,17).⁷ Dice Pablo: “*La letra mata, mas el espíritu vivifica*” (2 Corintios 3:6^b). Es bueno estudiar, es bueno leer,

⁶“Y si invocáis por Padre a Aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 Pe. 1:17-22).

⁷“Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. ¹⁷Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:9,17).

*La Vida del
Hombre Interior*

es bueno tener conocimiento de las cosas; pero eso solo no basta. La vida de Dios en nosotros no se puede sustituir con el conocimiento mental. Nicodemo era un hombre que tenía un caudal de conocimiento desde el momento que era un maestro de Israel, pero eso no le bastaba. Dice la Escritura que el Señor Jesús le dijo a Nicodemo: “*De cierto, de cierto, te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*” (Juan 3:3). Claro que sin conocimiento no puede haber fe.⁸ Dice el hermano Gino: “*La fe en el Dios verdadero revelado no es inferior al conocimiento, sino que es fruto eficaz del testimonio revelacional, que es canal de gracia y espíritu eficiente. Tal fe es un conocimiento espiritual de la más alta categoría, puesto que es trascendentalizada la conducta, ubicándola dentro del contexto del Totus de la realidad integral*”.⁹

Adán cuando comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, adquirió cierta clase de conocimiento, pero en vez de adquirir vida, cosechó la muerte para sí y para toda la raza humana, pues él es la cabeza representativa de toda la humanidad. Después de haber comido del fruto del árbol del conocimiento, el hombre se llenó de inseguridad y perdió su rumbo; su centro dejó de ser Dios, y se centró en sí mismo. Y por eso se escondió, porque ya no vio a Dios como su amigo sino como un ser temible.

De modo, pues, que el que puede ver algo espiritual, ya ha entrado en esa esfera espiritual, y para entrar en la esfera divina del reino de Dios hay que tener la vida divina; la mera carne no tiene la capacidad para dar sustantividad a las cosas divinas. Por lo tanto aquí entra en juego la regeneración o nuevo nacimiento. Es necesario haber sido regenerado a la vida divina para ver el reino de Dios. En el versículo 5, dice el Señor “*que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*”. Después de haber creído, mediante el bautismo en agua, el hombre muere a la herencia

⁸Cfr. Romanos 10:17

⁹Gino Iafrancesco: *Argumentos teológicos, epistemología ética y existencia*. Cap. 4. 1989.

*El hombre interior
y el hombre exterior*

adámica o antigua creación, y al resucitar a la nueva vida, por el Espíritu empieza a germinar en el hombre nuevo, Jesucristo, la nueva creación, ya dotado de la vida divina, y tiene la capacidad de ver, entrar y participar del reino de Dios. Para conocer todo lo relacionado con el reino de Dios, sólo hay un medio y sólo uno, el Espíritu Santo revelándolo a nuestro espíritu, por la facultad de la intuición de nuestro espíritu regenerado. Un espíritu muerto no puede conocer la mente de Dios. No está en su naturaleza hacerlo.

Cuando los discípulos del Señor ya habían creído, empezaron a hacer parte del reino de Dios. Lo leemos en Lucas 17:20-21: ²⁰*Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ²¹ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros*. Por otro lado, tenemos que todo ha sido gratuito, sin que medien obras. También lo confirma la Escritura: ⁸*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; ⁹no por obras, para que nadie se gloríe* (Ef. 2:8,9). Entrar al reino de Dios y tener vida eterna es un regalo de Dios en Cristo Jesús. Nadie merece ese regalo. Para eso Cristo llevó la cruz.

El reino de los cielos

La segunda puerta, la que da acceso al reino de los cielos, es una puerta estrecha, son las obras de justicia de los creyentes vencedores. Es la cruz que llevamos nosotros. Llevar la cruz es algo que se nos concede; es un don positivo. *“Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él”* (Fil.1:29). Esa puerta *“es las acciones justas de los santos”* (Apo. 19:8), la justicia subjetiva obrada no según la carne ni por esfuerzo humano, sino según Dios y andando en consonancia con el Espíritu Santo. Como lo dice Pablo: *“Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”* (Fil. 3:9). Es la puerta de la obediencia; es la puerta que también se llama negación de nuestro yo. Es una entrega absoluta de nuestro ser al Señor.

*La Vida del
Hombre Interior*

Antes de la predicación de Juan el Bautista y del Señor Jesús, ya existía el reino de Dios, pues el reino de Dios es eterno; Dios reina en Su creación desde toda la eternidad; pero al iniciar ellos sus respectivos ministerios, ambos anunciaron que el reino de los cielos apenas se estaba acercando; aún no había llegado; todo se estaba preparando para su manifestación.

“¹En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, ²y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:1-2). *“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”* (Mateo 4:17).

Históricamente sólo se estaba sembrando la semilla del reino en las diferentes tierras, que son nuestros corazones, a veces endurecidos por el trajinar humano, y que no entienden la palabra del reino, en los cuales los demonios arrebatan la palabra sembrada; a veces son corazones superficiales en los cuales la semilla de la palabra no se puede arraigar, pues esos corazones lo que guardan son piedras que representan los pecados ocultos, egoísmo, autocompasión, deseos personales insatisfechos; otras veces son corazones llenos de espinos que representan las preocupaciones de este mundo o que desmayan muy fácilmente ante las aflicciones o persecuciones. Pero una cuarta categoría de corazones es la tierra fértil que da fruto para el reino. El reino de los cielos no se queda en la preparación y la siembra; luego siguen unas parábolas reveladoras y proféticas sobre el desarrollo del reino de los cielos en su apariencia histórica; y es por eso que esas parábolas de Mateo 13 comienzan con la frase: *“El reino de los cielos es semejante a...”*, pues en esas parábolas encontramos los misterios del reino de los cielos (v.11).

El mundo no conoce otro reino que el de las tinieblas, pero Cristo vino a traernos el conocimiento de Su reino. Con el Señor nos vino el reino de los cielos a los que creemos en Él. Desde antes del día de Pentecostés es sembrada la semilla (vs.1-23); luego en Pentecostés se establece la Iglesia, pero es sembrada también la cizaña por el enemigo (vs.24-30). De ello concluimos que el reino de los cielos vino

*El hombre interior
y el hombre exterior*

cuando fue establecida la Iglesia. Incluso podemos notar que los términos “iglesia” y “reino de los cielos” son intercambiables en Mateo 16:18-19.

Cuando el Señor dice que *el reino de los cielos es semejante a...* esto indica que se formó una apariencia del reino de los cielos, debido a que el diablo sembró en el campo (el mundo) creyentes falsos entre los verdaderos. La falsedad conlleva la apariencia. Luego se desarrolla esa anomalía de la apariencia del reino, y eso es mostrado en la parábola del grano de mostaza (vs.31-32), en donde son cambiadas la naturaleza y la función de la iglesia, de tal manera que históricamente y en forma anormal aquella semillita se convierte en un árbol, no para que produzca alimento, sino para que se llene de ramas (religiones, organizaciones, operaciones y proyectos de iniciativa humana) en donde anidan toda clase de aves (demonios). Esto tuvo su comienzo en tiempos del emperador romano Constantino el Grande, en el siglo IV, y como consecuencia se fueron formando los grandes ramajes de una gran organización exterior institucionalizada, que ha dado la apariencia del reino de los cielos.

Como consecuencia de lo anterior sobreviene en la historia una profunda corrupción de la apariencia del reino, mostrada con la parábola de la levadura (vs.33-35) y sus doctrinas malignas que leudan la flor de harina, Cristo. Esto tiene su cumplimiento en el sistema católico romano, el cual ha hecho una mezcla sincrética de las enseñanzas de Cristo con muchas prácticas y herejías paganas, dándoles un barniz ortodoxo. La Iglesia se fue contaminando y enredándose en compromisos y promiscuidades con lo podrido. Dios tiene un orden establecido, pero ese orden se fue rechazando y se fue sustituyendo por otro orden que fue engendrando lo que la Palabra de Dios llama la gran ramera y sus hijas.

Aquí no resisto la tentación de insertar un magnífico comentario filosófico del hermano Gino Iafrancesco:

*“Hombres hermanos de la tierra, ¿no escucháis Su voz?
Dios nos pregunta: ¡Adán, Adán, ¿dónde estás tú?! ¿por qué
te escondes? ¿por qué te vistes con hojas de higuera? ¿quién*

*La Vida del
Hombre Interior*

*te enseñó que existe el dolor? ¿por qué te vistes con sedantes
y anestésicos? ¿quién te ha abierto las puertas de la enferme-
dad? ¿por qué te vistes con terapias y drogas? ¿quién te
condujo a la muerte? ¿quién te engañó? ¿quién te dijo que
necesitarías astucias comerciales, disfraces, rapiñas, políti-
querías, tretas? ¿cómo supiste que estabas desnudo? ¿por qué
te escondes en pesquisas, en refugios subterráneos, y te
embotas con incrédulo escepticismo narcisista? ¿por qué te
vistes con hojas de higuera? ¡Cómo permitiste la muerte! Si
no es tu propia culpa la que te acecha, y no tienes de qué
avergonzarte, ¿por qué te escondes detrás de los partidos, de
las sectas, de las instituciones, de los estatutos, de los
convenios, de las formas de apariencia donde tiras la piedra
y escondes la mano, donde la fachada te disfraza? ¿con qué
cubres tu desnudez? Te has vestido de lo que no te cubre, de
lo que no esconde suficientemente tus vergüenzas, de lo que
deja expuesta tu reprobación. ¡Qué fácil es, parapetado
detrás de la institución, presentar la sonrisa hipócrita a los
ingenuos y a los cómplices, al tiempo que se hace todo lo
contrario de lo que se predica! Sólo las pieles del Cordero nos
cubrirán eficazmente, dándonos la inocencia por justificación
en el juicio expiatorio de Cristo. Caín edificó una ciudad, la
“civilización”. Errante, llorando y vagabundo se hizo de una
triste historia desde que salió de la presencia de Dios. Adán
vendió barato la inocencia, pero en la cruz de Cristo encuen-
tra perdón, y en el arrepentimiento, visión de inocencia”.*¹⁰

Dios le prometió a Abraham que sería padre de una gran multitud; pero tengamos en cuenta que la descendencia de Abraham sería tanto física, terrenal (Israel), como espiritual (la Iglesia). La promesa de la descendencia terrenal la encontramos en Génesis 13:16, cuando dice: “Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia

¹⁰Gino Iafrancesco V. “Aforismos y reflexiones”. Segunda edición autoral. 2002. Págs. 111-112.

*El hombre interior
y el hombre exterior*

será contada". La promesa de la descendencia espiritual, la celestial, la encontramos en Génesis 15:5, cuando dice: *"Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia"*. Pero en la descendencia espiritual puede haber apariencia, una mera formalidad externa, un engaño vestido de prácticas religiosas vacías. Dice Pablo en Romanos 2:28,29: *"²⁸Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente; ²⁹sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios"*.

Pero así como hay una apariencia, también hay una realidad del reino de los cielos en la Iglesia. ¿Dónde se encuentra esa realidad del reino? Entre los vencedores, los que vivan los principios, exigencias o leyes del reino, enseñados por el Señor mismo en el sermón del monte (Mateo 5, 6 y 7); preceptos que superan la ley mosaica. Para entrar en el reino de los cielos hay que ser pobre en espíritu, humilde y sencillo, paciente y longánime, hay que obedecer al Padre, hay que negarse a sí mismo, hay que llevar la cruz cada día. El Señor Jesús dijo: *"³De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. ⁴Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos"* (Mateo 18:3-4).

Cristo debe ser expresado en nuestro vivir hoy, porque Él es nuestra justicia subjetiva; pues nuestra vida natural no tiene la capacidad, no puede conseguirlo. Si tu alma está abierta a Dios, si estás dispuesto a serle fiel a la visión sin que te preocupe tu propia comodidad y seguridad; si te rindes al llamado del Señor sin que te importe el qué dirán ni las conveniencias religiosas, tú eres un vencedor. Si ahora vencemos, podemos participar del reino de los cielos en su manifestación futura en el milenio. Los escribas y fariseos practicaron por sí mismos una justicia según la letra de la ley mosaica, pero el Señor nos dice: *"Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos"* (Mt. 5:20). Nuestra justicia debe ser mayor que la de

*La Vida del
Hombre Interior*

cualquier persona que esté convencida en sí misma que obedece a Dios y cumple Su ley. ¿Es eso imposible? No, porque nuestra justicia subjetiva es Cristo morando en nosotros; cuando Cristo mora en tu corazón, habitándolo como en Su propia casa, empieza a florecer en ti el fruto del carácter de Cristo (Gálatas 5:22,23). La manifestación del carácter de Cristo en nosotros, es la justicia que demanda el Señor.

El mensaje del evangelio del reino es desconocido debido a que las grandes masas de creyentes denominacionales desconoce el mensaje bíblico del señorío de Cristo. Muchos han conocido a Jesús como Salvador, pero muy pocos, poquísimos, lo han conocido como Señor. Se machaca a menudo que somos hijos de Dios, pero no se enfatiza que somos siervos (esclavos) del Señor. Como hijos es posible que tengamos prerrogativas, de hecho hemos sido bendecidos desde antes de la fundación del mundo con toda bendición en Cristo, pero como siervos tenemos deberes que cumplir, y muchos. Jesucristo es el Señor del universo, del universo que Él creó, y con mayor razón es el Señor de la Iglesia que Él compró con Su preciosa sangre, luego es el Señor de cada uno de los creyentes, cosa que se está ignorando y pasando por alto.

Dos hombres en un mismo hombre

Entonces, desde el momento en que experimentamos la regeneración, es decir, cuando nacemos de nuevo, de lo alto, cuando nacemos del agua y del Espíritu, ocurren en nosotros varias cosas: Entre otras cosas, participamos de la vida de Dios (vida eterna) por el Espíritu de Dios que viene a morar en nuestro espíritu humano; podemos ver (y entrar) en el reino de Dios; somos hechos hijos de Dios. Pero hay otra cosa que revela la Palabra de Dios: empiezan a existir en nosotros dos hombres, uno interior y otro exterior. Seguimos siendo personas compuestas de tres partes: espíritu, alma y cuerpo, pero ahora la combinación de esas tres partes, por la presencia y obra del Espíritu Santo, conforman en nosotros un hombre interior, espiritual, y un hombre exterior, carnal, cuando esa

*El hombre interior
y el hombre exterior*

carne no ha sido quebrantada.

Esto es maravilloso. Dios viene a residir en nuestro espíritu, y entonces ocurre la formación del hombre interior; y es allí, en la parte espiritual del hombre interior, ejercitada convenientemente, donde Dios se revela, donde da a conocer Su voluntad. En el hombre interior se realiza un verdadero enlace, una íntima comunión del Espíritu de Dios con nuestro espíritu. Es en un hombre interior fortalecido en donde podemos realmente conocer la Palabra de Dios y en donde podemos disfrutar del jardín de Dios y estar en Su presencia, y alimentarnos del fruto del árbol de la vida.

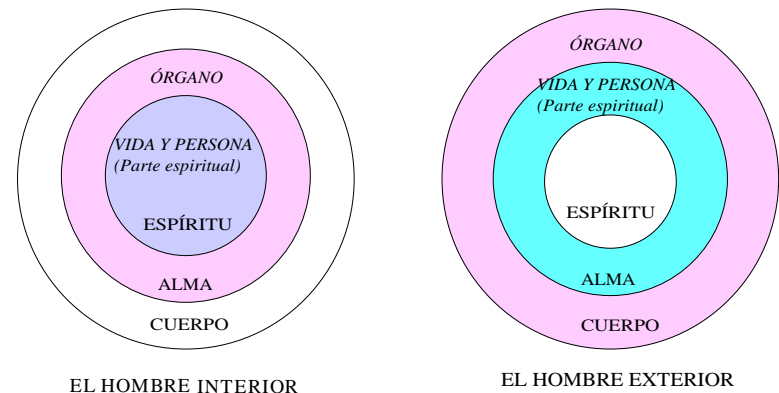
En el hombre interior tenemos contacto con Dios, y con el hombre exterior nos contactamos con nosotros mismos y con el mundo exterior. Las demás personas se contactan con el hombre exterior en nosotros. Nadie fuera de mí mismo puede tener contacto con Dios utilizando mi hombre interior; sólo yo lo puedo hacer. El hombre interior es el templo donde Dios ha venido a morar y a expresarse a través de nosotros. Allí se encuentra Su persona, Su Espíritu, Su vida misma, y por ende Su poder. Allí el centro de todo es Dios.

En nuestro hombre interior no hay mezcla de lo de Dios con lo que nosotros somos, y mucho menos de lo que hemos heredado de Adán. En mi hombre interior yo no puedo decidir nada, porque mi voluntad no está ubicada allí, ni mi mente tampoco, ni el hombre interior es el asiento de mis emociones. Eso sería desastroso, pues dos personas tan diferentes, ¿cómo se pondrían de acuerdo? En el Lugar Santísimo del tabernáculo sólo estaba el arca del testimonio con su propiciatorio; sólo allí se manifestaba la *Shekinah*; y para que el sumo sacerdote entrara allí a ofrecer la sangre de los sacrificios, debía primero pasar por el atrio, la parte exterior del tabernáculo, donde estaba el altar de bronce, es decir, el altar de los sacrificios, y el lavacro de bronce para que se lavara (Éxodo 40:29-32); como si dijéramos que el sacerdote debía primero pasar por la cruz. De manera que nuestra experiencia con Cristo comienza en un sentido objetivo y externo, con Su salvación, y luego debemos ser purificados por el Espíritu Santo. Si el sacerdote entraba al Lugar Santísimo sin

*La Vida del
Hombre Interior*

purificarse, sin cumplir los requisitos de Dios, en el Santuario caía muerto, porque no se puede mezclar nuestra vida natural, nuestra vida de la carne, con la de Dios. Nuestra vida carnal debe pasar antes por la cruz. Tú puedes ser creyente, pero si no pasas primero por la cruz, no puedes entrar plenamente al Lugar Santísimo que está en tu espíritu regenerado; pues sigue habiendo en ti como un velo que te impide verlo.

De manera, pues, que las Escrituras aseveran que en la persona regenerada hay un hombre interior, y a la vez un hombre exterior que se le opondrá. Pablo habla en varias partes de la existencia de esos dos



DOS HOMBRES EN EL HOMBRE

hombres en nuestro ser.

“²²Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; ²³pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Ro.7:22,23).

El verso 22 habla del hombre interior, y el verso 23, del hombre exterior. En estos dos versículos encontramos tres de las cuatro leyes diferentes que han tenido que ver con el hombre desde su caída en

*El hombre interior
y el hombre exterior*

el huerto del Edén. Allí, en el Edén, fueron protagonistas de los hechos tres personas diferentes: Dios, el hombre y Satanás; de cada uno procede una ley que ahora mora respectivamente en cada una de las partes del creyente. En el cuerpo del hombre (los miembros, la carne) mora la ley del pecado y de la muerte, la cual procede de Satanás; en el alma (la mente) del creyente mora la ley del bien, la cual procede del hombre, de su vida natural (v.23; 2:15), y en el espíritu del creyente vino a morar la ley del Espíritu de vida en Cristo, la cual procede de Dios (8:2), para librar al creyente de la ley del pecado. La otra ley (la que aparece en el verso 22), es la ley escrita de Dios.

Ahora bien, la ley del bien en la mente natural no tiene poder para vencer en esa guerra contra el pecado, pues eso está en el campo del hombre exterior; por eso se necesita de la ley del Espíritu de vida, que ya está en el hombre interior del creyente. Todo intento de la carne por vencer es infructuoso; el enemigo es superior a la mera carne natural. Pero además es conveniente una explicación acerca de la formación del hombre interior y del exterior.

Un hombre natural, un hombre común y corriente, se compone de un cuerpo como su órgano físico y un alma como su vida y persona; eso le define su individualidad. Pero cuando el hombre natural es regenerado en su espíritu, se desarrollan en él, ya en su condición de creyente, en vez de uno, dos hombres: un hombre interior dentro de un hombre exterior; de manera que el hombre interior viene a ser formado por el espíritu regenerado como su vida y persona, y el alma renovada como su órgano; mientras que el hombre exterior está integrado por el cuerpo como su órgano físico, y el alma como su vida y persona. Vemos, pues, que el alma cumple un doble papel: órgano del hombre interior (cuando está regenerada), y vida y persona del hombre exterior. Esto es importante tenerlo en cuenta para comprender mejor el andar de un creyente espiritual. Dice el apóstol Pablo en 2 Corintios 4:16: *“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”*.

*La Vida del
Hombre Interior*

Un hombre natural cuando piensa y decide hacer algo, está usando sus facultades del alma de la mente y la voluntad, luego toda decisión se origina en el alma, vida y persona del hombre natural, y al salir la orden de allí, quien tiene que cumplirla es el órgano, es decir, su cuerpo físico. Así también ocurre en el hombre interior del creyente. Allí de donde surge la orden es del espíritu regenerado, pero para que su órgano, el alma, ejecute lo ordenado, es necesario que el alma esté renovada; ese yo debe ser negado, es necesario que haya pasado por la cruz. ¿Cómo cumple el alma renovada lo ordenado por el espíritu regenerado? El alma renovada recibe la orden, y una vez alojada esa orden en la mente renovada del alma, por su voluntad renovada le trasmite la orden al cuerpo, y éste la ejecuta.

Eso se entiende en un creyente cuyo hombre exterior ha sido quebrantado, cuando la vida del alma ha sido negada¹¹. Para que la vida psíquica natural llegue a un estado de completa negación, es necesario que las facultades del alma, es decir, la mente, la voluntad y la parte emotiva deban ser renovadas. El espíritu regenerado no puede usar esas facultades del alma a menos que se le sometan. Son facultades que necesitan ser revestidas y levantadas a una posición más alta que la de la simple carne. Dice la Escritura en 2 Corintios 10:3-5: *“Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; ⁴porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, ⁵refutando argumentos, y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”*. Pero seamos sinceros, los pensamientos que se llevan a la obediencia a Cristo, son aquellos que proceden de una mente renovada. Leemos en Romanos 12:2: *“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”*.

Como lo vimos en 2 Corintios 4:16, otro aspecto importante de la relación entre el hombre interior y el exterior, es que el hombre

¹¹ Analizar el contexto de Mateo 16:24-25

El hombre interior y el hombre exterior

exterior cada día va caminando hacia la muerte, se va desgastando, consumiendo, envejeciendo; eso se debe a que cada día la muerte va haciendo su paulatino trabajo en nuestro hombre exterior. Pero al hombre interior le va ocurriendo lo contrario; cada día se va fortaleciendo por la vida de resurrección. Leemos en Colosenses 3:9-10: *“No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”*. Es la vida de Dios en nosotros. Eso debe ser así para que se cumpla lo que dice la Palabra en 1 Corintios 15:44: *“Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual”*.

Fortalecimiento del hombre interior

La Iglesia debe salirse del esquema religioso que le ha legado una tradición mal fundamentada, e incursionar por la senda antigua de la auténtica experiencia con Dios. ¿Son estas cosas nuevas? Para muchos son cosas nuevas, pero el creyente espiritual sabe que son antiguas, porque se fundamentan en la doctrina de los apóstoles, lo que ellos dejaron estampado en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, el apóstol Pablo en Efesios 3:14-19 habla de la necesidad de que los santos sean fortalecidos en el hombre interior; porque la función de la Iglesia y el misterio de Cristo y la multiforme sabiduría de Dios y el papel que desempeña la Iglesia para que sea dada a conocer esa sabiduría a toda familia en los cielos y en la tierra, todo eso no es posible si no es fortalecido el hombre interior de los santos. Por eso dice Pablo en los versículos 14-16: *“¹⁴Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu”*.

Es necesario que los creyentes experimentemos la plenitud de Dios. Dios se expresa en las riquezas de Su gloria, y esa expresión quiere llevarla a cabo a través de los santos. Primero necesitamos

La Vida del Hombre Interior

tener revelación acerca de la Iglesia; necesitamos tener conciencia que es la Iglesia; y al experimentar a Cristo por el fortalecimiento de nuestro espíritu regenerado, se está fortaleciendo y beneficiando la Iglesia y su unidad. No es un asunto que debe quedarse en el plano individual, sino en el corporativo.

Nadie que no sea fortalecido en su hombre interior podrá experimentar a Cristo hasta la medida de toda la plenitud de Dios. ¿Cuál es ese poder con que necesitamos ser fortalecidos en nuestro hombre interior? Es el mismo poder de Dios que resucitó a Cristo de los muertos y lo glorificó sentándolo a la diestra de Dios en los lugares celestiales. El Espíritu Santo mora en el espíritu del creyente, y es el medio que usa el Padre para fortalecernos desde nuestro interior; desde lo más íntimo de nuestro ser.

Luego dice Pablo en el versículo 17: *“Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor...”* Al ser fortalecidos con poder en nuestro hombre interior, el desarrollo de la vida del Señor en nuestro espíritu es tal, que se sale de los límites del mero espíritu y pasa al alma, y en consecuencia el resultado es que Cristo viene a hacer Su hogar, a establecer su morada confiadamente, en los corazones de los santos. Es necesario dejar en claro que cuando tú lees los textos donde en la Biblia se menciona la palabra corazón, puedes entender que el corazón humano, y en particular el corazón de un regenerado está compuesto por todas las facultades del alma -la voluntad, la mente y las emociones- más la conciencia del espíritu regenerado. En la Biblia encontramos que el corazón se arrepiente, ama, se contrita, se humilla, se exalta, cree, se endurece, se enfurece, se inclina al mal o al bien, y muchas otras cosas, que sólo ocurren en el alma. Por ejemplo, dice en Hechos 7:24: *“Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él”*. Pero en el santo que ha experimentado un fortalecimiento del hombre interior, el corazón es como una brújula o un semáforo que nos ayuda en nuestro andar, y hasta nos puede reprender; de donde vemos, pues, que la conciencia, la mayor facultad del espíritu, hace parte del corazón. Por

*El hombre interior
y el hombre exterior*

ejemplo, dice la Escritura en 1 Juan 3:20: “*Pues si nuestro corazón nos reprende...*”; ahí está la conciencia, la única que tiene la capacidad de reprender, debido a que tiene la luz para hacerlo. También puede haber una mala conciencia: “*Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura*” (Hebreos 10:22).

Por las anteriores citas y otras, vemos que el corazón controla la vida del hombre. Entonces, siendo que el Señor Jesús vive en nuestro espíritu, es necesario que Su vida vaya formándose y fortaleciéndose en nuestro espíritu regenerado, de tal forma y en una intensidad tal que traspase los límites del espíritu e invada cada área de nuestro corazón, para que Él controle todo nuestro ser, enriqueciéndolo y alimentándolo con Su presencia. Que todo nuestro ser, desde ese punto neurálgico que es el corazón, sea Su hogar, donde Él tome posesión y ordene todas las cosas. Claro que nosotros, con nuestra mente humana no alcanzamos a comprender este hecho misterioso y abstracto de que Cristo plenamente venga a hacer Su hogar en mi corazón; pero se debe recibir por medio de la fe.

Es necesario que comprendamos que somos piedras vivas con las cuales Dios está construyendo Su casa, una sola casa; y es por eso que el versículo 17 dice que debemos ser arraigados (como labranza de Dios) y cimentados (como edificio de Dios) en amor. Sin fe y sin amor es imposible experimentar a Cristo. Ambas experiencias nos vienen de Dios cuando somos fortalecidos en el espíritu regenerado. Nadie puede creer en Cristo sin la fe que proviene de Dios, y nadie le puede amar sin el amor que también procede de Dios. El ser humano es incapaz de producir esa fe y ese amor. El amor humano es egoísta; el divino no lo es. Luego continúa en los versículos 18-19:

“¹⁸(A fin de que) seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, ¹⁹y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”.

Para ser lleno de toda la plenitud de Dios es necesario que

*La Vida del
Hombre Interior*

ocurran dos pasos: estar fortalecidos en nuestro hombre interior y estar unidos los hermanos como un solo cuerpo; y para ello es necesario que por lo menos haya esa aptitud, esa disposición en nosotros. Es necesario, pues, que los santos comprendan todas las dimensiones de Cristo; que los santos conozcan el infinito amor de Cristo, y que los santos sean llenos hasta la medida de la plenitud de Cristo. Para que esto ocurra se necesita la comunión de todos los santos. El sectarismo y las divisiones se contraponen a esta experiencia. No es posible comprender las dimensiones de Cristo, Su amor y ser llenos de la plenitud de Dios, en forma individual. La Iglesia es corporativa. El modelo bíblico de la Iglesia es una sola iglesia en cada localidad. Cuando se rompe la unidad del cuerpo de Cristo no puede haber llenura de toda la plenitud de Dios. Si alguien no se reúne con nosotros y no hay comunión práctica con otros hermanos, por lo menos debemos estar abiertos a esa comunión. Si alguien es de Cristo, es mi hermano.

En nuestro caminar cristiano, primero llegamos a comprender y experimentar, digamos, lo más fácil del Señor, lo horizontal, lo que tal vez tenga más similitud con nuestras experiencias terrenales: Su anchura y Su longitud. Necesitamos avanzar con Él y crecer espiritualmente para así poder experimentar lo difícil, lo vertical, la altura y la profundidad del Señor, lo que parece alzarse hasta las alturas, y lo que parece profundizar más allá de nuestras posibilidades. Para comprender las dimensiones de Cristo, hay que vivirlo a Él mismo, experimentarlo a Él, alimentarnos de Él. No podemos conocer Su amor si no lo conocemos a Él. Sólo después de conocer y experimentar las dimensiones y el amor del Señor con todos los santos, es cuando seremos llenos de toda la plenitud de Dios. ¿Cuál es la plenitud de Dios? Dice la Biblia que la plenitud de Dios es Cristo. “*Por cuanto agradó al Padre que en él (en Cristo) habitase toda plenitud. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*” (Colosenses 1:19; 2:9). Ser llenos de toda la plenitud de Dios es ser llenos de Cristo mismo con toda su divinidad, sus virtudes, carácter, santidad y poder. Es necesario que nos posesionemos de ese

tesoro.

Al ser llenos de toda la plenitud de Dios es como podemos vivir la vida de Dios. Nosotros para poder vivir la vida de Dios en Cristo, debemos renunciar a la nuestra. Seguir a Jesús hasta el reino tiene que ver con negarnos a nosotros mismos y llevar la cruz hasta la muerte de nuestro propio yo. Cuando uno va a buscar un tesoro escondido necesita un mapa. Para encontrar el reino de los cielos también se necesita un mapa, y ese mapa lo encontramos en Mateo 16:24-25: ²⁴Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.²⁵ Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”.

Alguien puede pensar que negarse a sí mismo es negarse cosas; pero la declaración del Señor va más allá de eso; las cosas son externas y el ego es algo interno, perturbador, dominante, alejado de Dios cuando no ha sido renovado. Aun siendo creyentes cristianos podemos vivir nuestra propia vida y no la de Dios, debido a que rehusamos negarnos a nosotros mismos, y llevar la cruz nos causa náuseas. La vida que hoy llevamos, aun siendo predicadores del evangelio, puede estar siendo edificada sobre la fachada de una falsa imagen que estamos protegiendo para nuestra propia gloria, pero no para la gloria del Señor. Nos gusta tener un nombre y un prestigio; nos gusta que nos admiren, nos inviten y nos alaben; nos gustan los homenajes, y nos carcomen la envidia y los celos. Hay celos ministeriales. Uno puede irse formando su propia y fingida imagen ante los hombres. Pero ¿qué hay del Señor? ¿Miran en nosotros al Señor? ¿Proyectamos al Señor en nuestro vivir diario o nos proyectamos a nosotros mismos? Para ello, para proyectar la imagen de Cristo y no la nuestra, debe morar Cristo por la fe en nuestros corazones, y la cosa debe comenzar con que el Padre fortalezca nuestro hombre interior. Debemos rogárselo al Señor constantemente.

Hechos a la imagen de Cristo

Adán fue hecho a la imagen moral y espiritual de Dios. Dice Génesis 1:26: *“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”*. Pero en la caída el hombre perdió esa imagen de Dios, y fue conformada en él una imagen distorsionada, la imagen de un hombre viejo, muerto espiritualmente, incapaz, sin poder, perdido en las tinieblas; y esa misma imagen la proyectó hereditariamente a todos sus descendientes (Génesis 5:3). Pero Dios proveyó un nuevo hombre, Cristo, que no heredó la vieja imagen adámica (Efesios 2:15,16). Con Cristo y Su obra surge la Iglesia. Cristo y la Iglesia son el nuevo hombre. ²²En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme los deseos engañosos,²³ y renovaos en el espíritu de vuestra mente,²⁴ y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24). Lo aclara también la Palabra en 1 Corintios 15:49: *“Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”*.

En Hebreos 1:3 la Palabra de Dios declara que Cristo, el Hijo de Dios, es *“el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”*. Dios es invisible, y a Dios nadie le ha visto jamás, pero Dios se ha dado a conocer por medio de Su Hijo unigénito, quien muestra el brillo y resplandor de la gloria del Padre. La palabra que es traducida aquí *imagen*, en el original griego en Hebreos es *karacter* (χαρακτήρ), que se traduce impronta, semejante a la impresión de un sello; y la impronta de la sustancia, más que simple imagen o forma física, tiene que ver con el carácter de Dios; Cristo expresa lo que Dios es en todos Sus atributos y virtudes. Lo mismo aparece en Colosenses 1:15: *“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación”*. Dios ha querido darse a conocer por medio de Su Hijo, en quien habita toda la plenitud de Dios (Colosenses 2:9).

Pero así como Dios se da a conocer al mundo por medio de Su Hijo, también quiere el Padre que Su Hijo sea conocido a través de Su Iglesia; pero en la historia la Iglesia de Cristo le ha fallado al Señor, la cristiandad ha errado el blanco y se han introducido elementos extraños en las entrañas mismas de la cristiandad; por

El hombre interior y el hombre exterior

tanto el Señor ha usado a un pequeño remanente de vencedores para hacerlos a la imagen de Su Hijo, como dice Romanos 8:29: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”*. El ser salvados por Cristo es sólo una puerta, no es el fin; después sigue que necesitamos ser santificados, llegar a ser cristianos espirituales, llenos y guiados por el Espíritu Santo, y entrar en una etapa de madurez, de negación de nuestro propio yo, de nuestra propia egolatría, una etapa de tomar cada día nuestra propia cruz, una etapa de verdadero conocimiento del Padre y del Señor Jesús, una etapa de victoria espiritual. ¿Pero todo eso para qué? Para que seamos plenamente conformados a la imagen de Cristo Jesús. Ese es el destino que Dios quiere para nosotros.

Pero para ello es necesario que el Señor obre en nosotros un proceso de transformación. ¿Por qué transformarnos? Porque nosotros heredamos una esencia y una naturaleza adámica interiores contrarias y opuestas a la esencia y naturaleza divina. Cuando creímos en Cristo, el Espíritu Santo nos hizo partícipes de la naturaleza de Dios, pero esa naturaleza divina debe experimentar un crecimiento y desarrollo en nosotros; y en cambio, nuestra naturaleza de pecado debe ir cada día menguando, debilitándose, perdiendo fuerza y poder. En ese proceso es como nos vamos conformando a la imagen glorificada de Cristo; vamos adquiriendo el carácter y todas las virtudes del Señor, se va formando en nosotros una verdadera expresión del ser de Dios; es un crecimiento en madurez espiritual hasta manifestarse en nosotros el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22,23).

Como lo hemos comentado anteriormente, en el capítulo 3 de Efesios, la Palabra de Dios declara que una vez fortalecido nuestro hombre interior por el Espíritu Santo, el Señor Jesús entra a posesionarse de nuestro corazón como algo de Su propiedad, entra a habitar por la fe en nuestros corazones como en Su verdadera casa, Su hogar; entonces es cuando realmente comenzamos a ser arraigados y cimentados en amor. Cuando no hay raíces, el árbol no puede alimentarse, y si no se alimenta no puede producir fruto; y cuando no

La Vida del Hombre Interior

hay amor, el verdadero amor de Cristo en nosotros, sólo hay religión, ritos, simulacros, fachadas e hipocresía. Sólo cuando Cristo echa raíces en nosotros es cuando llegamos a conocerlo en sus verdaderas dimensiones; llegamos a conocer Su amor en toda la extensión de la Palabra. Pero todo esto debe ocurrir en la comunión de todos los santos, no individualmente. y entonces es cuando seremos llenos de toda la plenitud de Dios. Tener toda la plenitud de la Deidad encierra llegar a tener la mente de Cristo, conocer las cosas como las conoce el Señor; y eso significa habitar plenamente en el Señor, tener Su corazón, pues de acuerdo con Su corazón es como podemos usar rectamente y con justicia todo ese conocimiento de Dios en nosotros. El Señor es humilde. ¿Cómo podría un soberbio usar justamente el conocimiento de las cosas de Dios?

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

El manto de humildad

El ser hechos conformes a la imagen de Cristo tiene íntima relación con el vestido del cristiano vencedor. El vestido de las personas nos indica su profesión, oficio, su posición social, su grado de autoridad y riqueza, e incluso a menudo refleja su misma condición moral y espiritual. Por las vestiduras podemos distinguir al militar, al marinero, a la monja, al pordiosero, a la enfermera, al pordiosero, al torero. ¿Cómo se nos puede distinguir a nosotros como cristianos? ¿Cuál debe ser nuestro vestido? En cuanto al cristiano, necesariamente no me estoy refiriendo aquí al vestido físico, como muchos legalistas lo toman muy en serio.

En la cristiandad es fácil vestirse físicamente de religioso sin que necesariamente eso refleje que se es un auténtico hijo de Dios. Sabemos que las diferentes religiones del mundo tienen sus respectivas vestimentas sacerdotales, y que los que gobiernan a las naciones

*El hombre interior
y el hombre exterior*

y los ricos a menudo se visten de púrpura y lino fino; pues algunos dicen ser ministros de Dios, pero se visten de púrpura y viven en los palacios más opulentos. ¿Qué dice la Palabra de Dios? Hay un vestido espiritual que es mucho más importante que todas las vestiduras pomposas de este mundo. Son las vestiduras que usa el Señor, y que debemos usar todos Sus seguidores. Por ejemplo dice el Señor en Colosenses 3:12,13: *“¹²Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; ¹³soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”*. Pablo comienza el verso 12 con un *pues*. ¿Por qué? Porque en los versos 9 y 10 viene amonestando en el sentido de que el cristiano debe despojarse del vestido del viejo hombre, el adámico, con sus prácticas pecaminosas y ser *“¹⁰revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”*. En estos versículos encontramos que debemos vestirnos de humildad. También podemos inferir que la humildad es como el centro, la raíz misma de una serie de virtudes en el creyente. El que es humilde de corazón es porque tiene un corazón lleno de mansedumbre, de benignidad, de longanimidad, y es hasta misericordioso y perdonador.

El Señor quiere que tengamos su mismo carácter, que seamos convertidos como en una copia de Él mismo. El Señor no nos pide nada que Él no lo sea primero. El Señor dice: *“Llevad mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”* (Mateo 11:29). No se puede llegar a ser manso y humilde por medio de nuestro esfuerzo propio; eso es una falacia. Sólo la vida de Cristo en nosotros nos puede llegar a convertir en humildes, pues ser humilde es no tener amor propio, y eso no se logra jamás con los esfuerzos de la carne. Por eso es que tenemos que despojarnos del viejo hombre, porque el viejo hombre no conoce la humildad.

Si tú encuentras oposición a tu persona, a tu mensaje, a tu

*La Vida del
Hombre Interior*

ministerio, a tus actos, y te enojas y ofreces resistencia, es porque no eres manso. Si los demás te rechazan, no te tienen en cuenta, te persiguen, si eres humilde, la reacción tuya es no mirarte a ti mismo, no alterarte, no defenderte, no reclamar, sino esperar la voluntad del Señor para cada momento de tu vida; sin esperar ganar nada para ti. El que no es humilde no tiene descanso. Si el Señor mora plenamente en tu corazón, tendrás descanso en tu corazón, no importa cuál sea la situación que te rodea; nada te afecta. Dice el apóstol Pablo: *“Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad”* (Filipenses 4:12).

Si en oración tú meditas el contexto de la armadura de Dios en Efesios 6, verás que tú puedes estar vestido de toda la armadura de Dios y no ser humilde. ¿Qué puede suceder en este caso? Que el brillo y resplandor de la armadura te puede encandilar, te puede envanecer, puede desviar tu atención, y en vez de mirar al Señor y servirle en humildad y amor, empiezas a mirarte a ti mismo. Hace el efecto contrario. Debemos, pues, vestirnos de toda la armadura de Dios, pero bajo el manto de la humildad. Tú puedes ser portador de toda la verdad, pero si en tu corazón no hay amor y humildad, no hay fruto, no es glorificado el Señor. Con el vestido de la coraza de justicia y todo el resto de la armadura de Dios, sin humildad, puedes tropezar con el peligro de enorgullecerte, llenarte de vanidad, de recibir con agrado el aplauso y las lisonjas de los demás, y desviarte del llamado del Señor.

Un soldado del ejército del Señor puede estar muy bien armado, pero necesita estar revestido con el manto de la humildad. ¿Qué es ese manto? Es el Señor mismo en nosotros; sin ese manto no se puede ser victorioso en la batalla; y la batalla es cada día más fuerte. La humildad no se impone con legalismos religiosos. La humildad brota de lo más profundo de tu corazón, cuando es Cristo el que habita en tu corazón como en Su propia casa. Vivimos en un tiempo en que han proliferado la vanidad y el orgullo religiosos, pero el Señor está llamando como especie de un cuerpo élite de siervos

*El hombre interior
y el hombre exterior*

Suyos, vencedores, bien armados espiritualmente pero humildes, para que entrenen y conduzcan Su ejército a que libere la última gran batalla antes de Su gloriosa venida. Llegará un momento en que estarán mandados a recoger los asalariados, los que le ponen precio a sus servicios ministeriales, los que se ofrecen con publicidad pagada, los que comercian con el evangelio, los prepotentes. Además, a veces creemos que somos tan importantes e imprescindibles en la Iglesia, que el Señor no puede hacer nada si no es a través de nosotros.

Pero hay que tener mucho cuidado con las tentaciones. Si alguien llegase a adquirir el manto de la humildad, debe tener siempre en cuenta que ese manto puede perderse en la batalla. El que es humilde no lo menciona, ni lo piensa, y mucho menos lo pregona. El que es humilde está siempre pensando que a lo mejor no lo es todavía, que le falta mucho. Debemos tener mucho cuidado con esto; quien dice que es humilde, a lo mejor es soberbio. La humildad o su carencia es determinante en el trabajo de la Iglesia. El Señor va a juzgar tanto nuestra labor como nuestra conducta. Una cosa es hacer grandes obras en la Iglesia, y otra cosa es hacer lo que el Señor nos ha llamado a hacer; eso es una realidad cotidiana en el cristianismo, y esas desviaciones han sobrevenido en la historia como consecuencia de las divisiones que sufre el pueblo cristiano. ¿Por qué se ha dividido el cuerpo de Cristo? ¿Por qué se querían dividir los corintios? En el fondo vemos la falta de humildad y obediencia al Señor de los hermanos de la iglesia en Corinto. Cada uno actúa de acuerdo a la luz que haya recibido. En la medida en que cada uno de nosotros nos vayamos conformando a la imagen del Señor, en esa misma medida lo que hagamos en la Iglesia permanecerá; porque lo que es de Dios permanece para siempre.

De todo lo que hoy estamos viviendo y fomentando tendremos que dar cuenta ante el tribunal de Cristo. Muchos cristianos rechazan la doctrina del juicio de la Iglesia ante el tribunal de Cristo; pero cuanto más la rechacen más necesidad tienen de ese juicio. Cuanto más se huye del juicio de Dios, más nos ocultamos en nuestros

*La Vida del
Hombre Interior*

propios escondites, exactamente como Adán. Huir de Dios es un impulso de la carne cuando no somos obedientes al Señor, cuando nuestra vida no es transparente.

Hermano, cuanto más humilde procures ser, más trasluces la imagen de Cristo en tu andar; cuanto más humilde seas, más lo vives, no lo dices. Si tú piensas que ya eres lo suficientemente humilde, es señal inequívoca de que no lo eres. Cuanto más humilde seas, tendrás tu corazón lleno de amor, del amor del Señor, y te vas liberando del miedo y de la inseguridad que antes te venían esclavizando. Hay una clave, permanecer en el Señor, y que Sus palabras permanezcan en nosotros. El mismo Señor nos lo dice: *“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”* (Juan 15:7). El humilde le cree a la Palabra del Señor, y tiene confianza; cuando hay confianza no hay temor. La arrogancia, el mal genio, el buscar la aprobación y los aplausos de los demás, el no tolerarnos los unos a los otros, la inseguridad, el miedo, la competencia, el buscar siempre mi propio bienestar, son signos de que no somos humildes, de que no tenemos amor, de que no permanecemos en el Señor y de que Sus palabras no permanecen en nosotros.

La inseguridad hace que muchas veces seamos irritables, que tratemos mal a los demás. A lo mejor tú eres inseguro y no te das cuenta. Querer ser vencedor incluye ser victoriosos sobre nosotros mismos y nuestra exigente y arrogante carne. La victoria debe comenzar sobre nosotros mismos, sobre nuestro propio ego, el cual tiende a exaltarse por encima de todo. Esa es su naturaleza. El que tiende a exaltarse y mirarse a sí mismo sufre mucho, no es feliz. El humano siempre tiende a exaltarse; pero el Señor en nosotros nos hace humildes, y el humilde no se exalta por encima de los demás. El humilde no excluye a los demás hermanos. El humilde cree en la unidad del cuerpo de Cristo; la fomenta, la edifica. Cuando la humildad y el amor van de la mano en nosotros, nos preocupamos por servir a los hermanos, al necesitado, al huérfano, a la viuda, al enfermo. Hay que mirar al Señor en nuestros hermanos. Para ver a

*El hombre interior
y el hombre exterior*

Cristo en los otros hermanos, se necesita humildad, pues la falta de humildad hace que la persona sea ciega y sorda espiritualmente.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.